



PERSONAJES

Benito Malo: 100 años de lucidez

Por Manuel BENITO

07/09/2008

El año pasado tuve la oportunidad de entrevistar durante más de dos horas a un placentino centenario. Impresiona hablar con un hombre al que cogió la Guerra casado con veintiocho años. Madurez que hizo más profundas las huellas del horror: un 20 de julio de 1936, tres camiones con sendas ametralladoras y cargados de fascistas llegaron a Plasencia, preguntaron por su hermano Antonio, secretario de la CNT, que al verlos huyó desde el campo. Como no lo encontraron decidieron ir a por la madre. Francisca Lorés Gracia vio salir a su hijo Antonio hacia el monte y ya no lo había vuelto a ver. Al no obtener la respuesta deseada le dieron un machetazo que le arrancaron el güembro. Quedó tan maltrecha en el suelo que, para evitar explicaciones, los asesinos le metieron un tiro.

A poco de nacer Benito la familia entera marchó al castillo de Paúles, entre Erla y Ejea, donde el marqués necesitaba jornaleros. Tenían una monja italiana que hacía de institutriz para los marquesitos y también les daba a los hijos de los obreros doctrina a base de coscorriones, la cabeza abollada me dejó.

Cobran poco y pasaban más hambre que pa qué. Dos cincuenta para doce que éramos, eche cuentas. Cuando tuvo cuatro o cinco años se lo llevaba el abuelo al monte con las vacas, se asaban un par de patatas al calibo que apañaban con un poco de aceite y sal y ésa era la comida. Menos mal que el yayo, sin que nadie lo supiera, ordeñaba una vaca y le daba medio litro de leche tal cual, sin hervir ni nada. Así subió para adelante.

Un poco más mayor lo mandaron a Erla a cuidar vacas pero hasta los dueños eran pobres y apenas daban qué comer. Entre tres o cuatro pastorcillos se compraron una carabina para matar algún bicho con que quitarse el hambre. La iban pagando con algún huevo que distraían de los pajaros y corrales. Un día que las tripas galopaban se les fue la mano y mataron un pollo de ésos que correteaban por las eras. La Guardia Civil los pilló, les decomisó la escopeta e intentó que cantaran el nombre del vendedor pero no dijeron nada.

En 1920 vuelven a Plasencia, dos hermanas y dos hermanos son mayores y ganan jornal sirviendo. Me cuenta que los del pueblo de Esquedas habían hecho sociedad para comprar el monte en 1917 y repartírselo en lotes, les ha ido muy bien gracias a eso. Como necesitaban jornaleros en las casas marché allí y me trataron bien pero no había una perra, mal comía y poco más.

Las obras de Tormos, en las que al principio no pagaban mucho mejor que el resto de los patronos, se impulsaron con la llegada de Primo de Rivera al poder, en muchos casos los salarios se duplicaron y la jornada laboral se estableció en ocho horas. Marchaban de todos los pueblos andando o en bici. Un año las cosechas se quedaron en el campo por que los amos no tuvieron brazos para ellos. Recuerda emocionado a tres personajes que conoció. El primero al maestro Simeón Omella que enseñaba con máquina de escribir, de fotos y hasta explicaba cómo se hacían los niños. El cura no lo podía tragar y después de denunciarlo y hacer otra escuela para los de derechas, se quitó la sotana y lo retó con la escopeta hombre a hombre. La cosa no fue a

más. Omella marchó en julio del 36 a la sierra cercana, salvando el pellejo.

Mejor cura resultó el de Loscorrales, un tío estupendo, republicano, que cazaba con un zorro amaestrado, de vez en cuando se comía alguna gallina que el cura pagaba enseguida. Lo mataron los falangistas en el 36.

Y, por último, el médico del pueblo, don Ezequiel Gazo Borruel, un hombre educado en las ideas liberales de su padre Fidel, magistrado sagastino. Ezequiel era muy juerguista y se alegraba echando un vaso de cuando en cuando. En el 36 se marchó al Carrascal y allí hizo la Guerra con la Roja y Negra de capitán médico. Estuvo prisionero en Albaterra (Alicante) y luego volvió de médico rural a La Puebla de Castro o a la de Roda -según Ángel Longarón en sus memorias inéditas.

Un 20 de mayo de 1943, en una celebración local, el cabo de la Benemérita levantó su copa por el nacionalsocialismo y el Nuevo Orden Mundial. Benito me dice que Gazo debió gritar algo, Longarón cuenta que simplemente se negó a brindar y permaneció sentado. El agente le descerrajó un tiro en la cabeza, al caer brotó de la herida un chorro de sangre que los perros hambreados en la larga posguerra se disputaron.

Benito Malo vivió varias vidas, fue testigo de muchas muertes. Su lucidez le ha permitido mirar dos siglos, recordar sin rencor y sentirse republicano sin pudor aunque aquella época de esperanza fuera muy corta.